

Antonio Pereira: Saber contar

César Augusto Ayuso

Narrador, poeta, articulista, el leonés Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) ha seguido desde los años sesenta, en que empezó a publicar, una trayectoria ascendente. En cada uno de sus libros se nota el esmero de su escritura, la superación de lo anterior. En el género del relato menor es, sin embargo, donde ha conseguido una mayor perfección, que ya está empezando a reconocérsele.

SU labor de poeta está recogida en *Contar y seguir (Poesía 1962-1972)* y en *Antología del hierro y de la seda (1986)*. Como narrador ha publicado tres novelas: *Un sitio para Soledad (1969)*, *La costa de los fuegos tardíos (1972)* y *País de los Losada (1978)*, y varios libros de cuentos. En este menester de la narrativa menor se estrenó con la colección que fue Premio Clarín *Una ventana a la carretera (1967)*, luego reeditado con algunos más en *Historias veniales de amor (1978)*, a los que siguieron *El ingeniero Balboa y otras historias civiles (1976)* y *Los brazos de la i griega (1982)*, reunidos con cuatro de los anteriores en *Cuentos para lectores cómplices (1989)*, y, finalmente, *El síndrome de Estocolmo (1988)*, al que se reconoció con el Premio Fastenrath de la Real Academia.

A pesar de la diversidad de géneros, hay un denominador común de temas y obsesiones en todas sus obras, hasta el punto de que el propio Pereira ha reconocido estar escribiendo siempre «el mismo libro». Las estampas y memorias de su tierra berciana, los recuerdos de infancia y juventud, estigmas de la guerra, los apuntes de su condición viajera, así como la propensión a los episodios eróticos y a las estimaciones llenas de humor y doble sentido, son las constantes más apreciables de sus textos.

Costumbrismo, universalidad

Entre los primeros cuentos de Pereira y los más recientes las diferencias son perentorias. No sólo en lo que a estilo se refiere, cuyo camino hacia una más visible madurez se va perfilando paso a paso, sino que los planteamientos de su mundo narrativo van decantándose, saltando desde la elección de los temas más costumbristas, de documento de una época preferentemente rural, en *Una ventana a la carretera*, a episodios más genéricos en ambientes cosmopolitas, tal como

frecuenta en sus libros más recientes.

Si la acción de muchos de los primeros cuentos se repartía en distintos lugares de España, elegidos al azar -Madrid o cualquier capital de provincias, cualquier núcleo rural, preferentemente berciano o de sus inmediaciones leonesas o gallegas-, en *El síndrome de Estocolmo* ciertas historias se trasladarán a Centroamérica, Rusia, Portugal, Argentina o Brasil. Los cuentos de este libro alardearán no sólo de cosmopolitismo, sino de cierto culturalismo, pues si muchos son un velado homenaje a la literatura (escritores como Borges, Ledo Ivo, Rimbaud, Cortázar, Truman Capote o alusiones a nacionales), también la pintura, la música y el cine aportarán motivos para la comprensión de otros.

Entre medias *Los brazos de la i griega*, que, si se abre con una historia que sucede en Marruecos («El ingeniero Démencour»), acogerá varias otras que tienen como escenario la región italiana de Umbría, en la que el autor dice encontrar patentes semejanzas con su Bierzo natal. Y en el que da título al volumen, que relata un viaje a Nepal, el narrador protagonista advertirá en él el espejismo de unos paisajes conocidos, a pesar del exotismo de aquel país asiático, con el consiguiente solapamiento de espacios. En éste, como en «El pozo encerrado», el autor ensaya lo misterioso, un cierto clima fantástico que aparecerá también en «Los ojos luminosos» o «El carisma» (SE).

Aunque el Bierzo, su Villafranca natal, está presente en cuentos de todos sus libros, escenario de sus recuerdos sin otro fin que el anecdótico, hay que reseñar aquellos en los que aparecerá como lugar mítico, como espacio de la memoria trascendida. Es el caso de «Informe sobre la ciudad de N***» o «El ingeniero Balboa», ambos pertenecientes a El ingeniero Balboa y otras historias civiles, en los que se ensaya el rescate de un tiempo nebuloso y heroico, con fondo de guerra civil, para la recuperación de un espacio perdido, tablado que fue en otra edad de sueños y obsesiones. No en vano, sobre todo el primero, bordea el mundo narrativo de Benet en Región. (En su novela *País de los Losada* este universo quedará reflejado más extensamente).

Particular atractivo tendrá también Arganza, topos de los veranos de la niñez -con el aditamento de la abuela Társila, un personaje entero, de perfecta delimitación- en títulos como «Las peras de Dios» (BIG) y «Obdulia, un cuento cruel» (SE).

Humor, complicidad

Hay algo inconfundible que identifica a los cuentos de Pereira, y es ese contar sesgado que sólo al final adquiere su sentido, pues va conduciendo al lector sabiamente hacia un desenlace que ilumina de repente todo el texto anterior. Se comprende entonces cómo todo es sugerencia, propuesta cómplice en la que casi nunca falta el humor, un humor inteligente, comedido, de efecto retardado, que requiere lectores atentos, sensibles al detalle costumbrista, al guiño cultural o a la picardía intencionada.

Muchas de sus historias están trabadas sobre motivos eróticos. En algunas el tema abarca todo el cuento, siempre con fina y a la vez incisiva ponderación, como «Las erotecas infinitas (IBOHC) o «El sitio del inglés» (BIG). En otras, en cambio, se apoya en motivos muchas veces tangenciales para rehilar su relato, como en «Rabanillos» y «El tío Candela» (HVA), «El caso Tiroleone» y «La venganza» (BIG), por citar algunos. Todos estos adquieren su auténtica relevancia en esos finales, por inesperados, sorprendidos, y quedan bañados de un humor malicioso, chispeante, que deja al lector con la sonrisa cómplice en los labios. «El vuelo» (SE) ofrece un final abierto, y alguno, como «Palabras, palabras para una rusa» (SE) bien pudiera ser una parodia de la labia conquistadora y donjuanesca, al referir el rendimiento de una extranjera llevada en el baile por el ensalmo de una lengua que no conoce; pero tan delicado, que al final todo queda como una caballerosa fantasía.

La ambigüedad, el valor de la sugerencia, ese romper las expectativas de lo previsto, o simplemente no confirmarlas, en el quiebro final que pone broche a los cuentos, se repite en muchos otros, de tema erótico: «El ingeniero Balboa», «El hilo de la cometa» (HV A) o «El ingeniero Démencour» (BIG), o de cualquier otro tema: «Los Cedilla» (HV A) o «El síndrome de Estocolmo» y «Poeta en el Sheraton» (SE), reconocible alusión éste a las paradojas del compromiso literario.

En algunos de los cuentos de la tercera parte de Historias veniales de amor, que él califica «de varia (y dudosa) lección», el autor parece querer presentar otra cara distinta de la que la realidad acostumbra, como si las palabras muchas veces traicionasen lo que significan. Hay un hálito de ternura en el narrador en «El forajido» o «La crápula», como si se pusiese al lado de esos personajes tachados por la sociedad. En «Fábula con obispo y niño» la parodia se disimula al utilizar la técnica del cuento dentro del cuento, pero la gracia del mismo descansa en el valor de las palabras, ya que el niño declara abiertamente su frustración al comprobar que el obispo no es otra cosa que «un cura».

Modos de contar

En los cuadros costumbristas Pereira hace uso general de la tercera persona, como corresponde; sin embargo, en los últimos libros, la preponderancia se traslada a la primera persona, siendo el narrador agente o protagonista de lo que cuenta, como si escribiese al hilo de la memoria sobre sucesos de su implicación.

Especialmente atento en *El ingeniero Balboa...* a las solicitudes de la narrativa experimental de los años setenta, las cuatro historias en él recogidas ofrecen cuidadas estructuras que van del soliloquio del que da título al volumen -por el mismo autor calificada la rememoranza del protagonista convaleciente en el hospital como «confidencia vehemente»- a esa composición de cajas chinas o relato dentro del relato, en continua su cesión, de «Las erotecas infinitas», o la mixtura de técnicas y combinaciones espacio-temporales, con remedo en alguna ocasión de cámara cinematográfica, en «Matar la mosca cuando empieza».

En todos los demás libros se muestra igualmente atento al enmarque de las historias, intentando sacar el máximo provecho narrativo en cada una de sus propuestas. En «El caso Tiroleone» (BIG) hay un encuadre en profundidad, pues el narrador lo que da es una versión de tercera mano de los hechos en cuestión, tomada de otra fuente que, a su vez, la escuchó del original. La técnica de alusión/elusión se presenta, sobre todo en «El Happenings (SE), que hilvana distintos episodios en un mismo marco. Los hay que se apoyan casi exclusivamente en el diálogo: «Clara y el romano» (BIG); en una voz narrativa-que cuenta a un interlocutor silencioso o casi: («El atestado», «La resistencia» (BIG); que mezclan dos tiempos: «El sitio del inglés» (BIG) o dos tiempos y dos espacios: «Casa de niñas en Acapulco» (SE). Alguno, como «El hilo del cometa» (CLC), cambia de voz narrativa, pues al final el narrador se descubre agente de la historia que comenzó a narrar asépticamente.

En fin, el acervo de Pereira como escritor de relatos breves es ya importante. Sus historias rezuman ingenio, riqueza de matices humorísticos, cierta ironía -en ocasiones paródica, en ocasiones melancólica- y también ternura, que revela en algunos el guiño malicioso de los más. Hay en ellas finos retratos y una sutil observación del alma de sus personajes. De expresión sobria y elegante, sabe encajar con pericia el lenguaje enjundioso, popular y vivo del habla coloquial en el entramado narrativo de sus cuentos.